

# MONSEÑOR ROMERO

BUENA NOTICIA DE DIOS  
A LOS POBRES DE ESTE MUNDO

Jon Sobrino

*Universidades prestigiosas de Europa vienen reconociendo la labor teológica que se desarrolla en Latinoamérica. Gutiérrez, Dussel, Boff han sido honrados con el Doctorado Honoris Causa en algunas de ellas. Ahora la Universidad de Lovaina ha entregado el mismo título a Jon Sobrino. Cinco años atrás lo había concedido a Mons. Romero; en esa ocasión el Obispo Mártir pronunció una lección teológica magistral: "Dimensión política de la fe desde la opción por los pobres" (SIC, julio-agosto 1980, págs. 324-327). Ahora, en la homilía pronunciada durante la concelebración con la que se iniciaron los actores académicos, Sobrino recordó a Mons. Romero, al que estuvo tan entrañablemente unido. Todavía cercano el quinto aniversario de la muerte del Arzobispo salvadoreño, publicamos en su homenaje esta homilía. (N. de la R.)*

Queridos hermanos y hermanas: Voy a hablarles de Monseñor Romero a quien ustedes conocieron y honraron en esta misma Universidad hace cinco años. Con él quiero traer el mejor fruto del pueblo y de la Iglesia salvadoreña, su fe, su esperanza, su compromiso y su martirio. Para hablar hoy de Monseñor Romero y hacerle presente entre nosotros no se me ocurre nada mejor que comentar brevemente el evangelio que hemos leído. El pasaje es conocido; cuarenta días después de su nacimiento Jesús es llevado al templo por sus padres para cumplir con la Ley. Yo sólo quisiera situar brevemente esa escena para que nos ayude a comprender mejor qué es lo que realmente nos dice sobre Jesús y lo que nos puede decir sobre Monseñor Romero.

El evangelio quiere ante todo 'presentarnos' a Jesús, no sólo darnos noticia de un hecho de su vida. Y esa presentación la pone en el templo de Jerusalén, en el centro de la vida pública de Israel, allí donde se decidía para bien y para mal, muchas veces para mal de los pobres de aquel pueblo, la religión y la fe, la política y la economía, la vida, la muerte. Allí donde se decidirá su destino al final de su vida; Jesús nos es presentado como hombre de este mundo y en medio de este mundo. Y ante ese Jesús se nos pide que tomemos postura; ante él se dividirán los corazones, en su presencia unos caerán y otros se levantarán; nadie quedará indi-

ferente ante él. Quienes no querrán acogerlo le darán muerte y una espada de dolor atravesará el corazón de su madre.

Pero la solemnidad del marco y la seriedad con que se profetiza su destino tienen como finalidad más profunda decirnos lo que ante todo y sobre todo es Jesús. Dos ancianos, representantes de las esperanzas de su pueblo, nos lo dicen con alegría; Jesús es "salvación", "luz de las naciones", "orgullo de su pueblo". Eso es lo que en verdad nos dice este evangelio: que Jesús es la buena noticia de Dios. Pero no lo es para todos ni para todos de igual forma; lo es para quienes, como Simeón y Ana, "aguardaban la liberación de Israel".

Esto es lo que nos dice el evangelio y eso es lo que fue Jesús: buena noticia. Y eso es también lo que fue Monseñor Romero. No quisiera que interpretaran estas palabras como piadosa exageración o frase retórica ni mucho menos como intento voluntarista de mitificarle después de muerto. Las digo con profunda convicción y sincero agradecimiento.

Si se me permite una reflexión muy personal, muchas veces me he preguntado qué fue realmente Monseñor Romero y cómo resumir en una sola palabra la riqueza de su vida. Monseñor Romero fue sin duda profeta inigualable en quien la palabra de Dios fluía como agua transparente y desmascaraba los corazones como espada afilada, denunciaba con rigor a los opresores y defendía con ternura a los oprimidos. En él reconocieron los pobres la verdad de su silencio y lo proclamaron "la voz de los sin voz". Fue también maestro lúcido que iluminó el caminar de su pueblo, enseñando con claridad y aprendiendo de los pobres con humildad. De él podían decir ellos: "Este sí enseña con autoridad". Fue pastor solidario que acompañó a su pueblo hasta el final, no guardándose —como mercenario— la vida para sí sino entregándola como el buen pastor por sus ovejas. Por eso los pobres lo celebran como su mártir. Fue, en todo, hermano cercano a su pueblo, compasivo, como nos dice hoy la Carta a los Hebreos, que guiaba a la salvación no desde arriba, sino como el verdadero sumo sacerdote desde abajo, participando en las lágrimas y gemidos de su pueblo. Monseñor Romero "no se avergonzó", como Jesús, "de llamar hermanos" a los pobres de su pueblo. Estos le consideraron como algo realmente suyo y por ello le llamaban simplemente "Monseñor".

Esto es lo que vieron y tocaron los salvadoreños durante tres años; experimentaron que Monseñor Romero, a través de su palabra y de su defensa, de su cercanía y su acompañamiento, era bueno para ellos. Lo experimentaron con orgullo de salvadoreños y con el agradecimiento de creyentes. Por eso no es ninguna exageración afirmar que Monseñor Romero fue una buena noticia de Dios para los pobres. Como dijo el padre Ellacuría poco después de su martirio, "con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador".

## ENCUENTRO

### SELECCIONES PARA LATINOAMERICA

- o Verdadera revista-enciclopedia, siempre al día; 11 volúmenes al año.
- o Selección de artículos de las mejores revistas europeas y americanas.
- o Reproducidas íntegramente, y dado el caso, traducidas al castellano.
- o De Sociopolítica y Economía, de Filosofía, Psicología, Antropología, Historia, Educación, Mass Media, Teología y Cultura en general.
- o Voluminosa, con unas 180 páginas de formato grande y unos 25 artículos importantes en cada número.

Editada por el CENTRO DE PROYECCION CRISTIANA, Jr. Aguarico 586, Breña, Lima — PERU. Telf.: 232609.

### SUSCRIPCIONES AMERICA LATINA

Vía superficie, correo certificado, ENCUENTRO (1 al 11 ó 12 al 22): 55 \$ USA; (23 al 33): 64 \$ USA.

Vía aérea, correo certificado, ENCUENTRO (1 al 11 ó 12 al 22): 65 \$ USA; (23 al 33): 80 \$ USA.

Así creo yo que debe ser presentado Monseñor Romero, como fue presentado Jesús ante quienes aguardaban la salvación de su pueblo, como don y buena noticia de lo alto para los pobres de este mundo.

Pero precisamente por esto, porque no se trata en esta homilía de hacer una panegírico de Monseñor Romero, que no lo necesita; porque se trata más bien como creyentes, de la presencia de Dios en este mundo y se trata, como seres humanos, de la esperanza de los pobres de la tierra tenemos que preguntarnos qué se ha hecho de Monseñor Romero o —más exactamente— qué hemos hecho nosotros de él, qué rastro ha dejado ese paso de Dios por El Salvador. Para ello quisiera contestar a tres sencillas preguntas.

¿Dónde vive hoy Monseñor Romero? Para contestar, basta con hacer un recorrido por el pueblo salvadoreño. En los refugios, en las comunidades de creyentes pobres, en las parroquias y conventos de quienes les acompañan, nunca falta un cuadro de Monseñor Romero, un poster o —entre los más pobres— una descolorida fotografía tomada de un periódico. En sus celebraciones litúrgicas, en las reuniones en que deciden qué hacer y qué rezar, qué dificultades hay que superar y qué compromisos hay que asumir, de dónde sacar fuerzas para el perdón y la reconciliación, nunca falta el recuerdo de Monseñor Romero. En las homilias dominicales de Catedral nunca falta un aplauso emocionado cuando su nombre es mencionado.

Todos estos signos externos son la expresión de algo más profundo. Monseñor Romero vive en los corazones de los pobres y crucificados y de quienes han echado su suerte con ellos; vive allá donde se toman las grandes decisiones para optar entre la desesperación y la esperanza, entre la indiferencia cómplice y el trabajo, entre el egoísmo y la entrega generosa hasta de la propia vida. Ahí vive Monseñor

Romero. En medio de un mundo en lucha entre la vida y la muerte, vive entre quienes están del lado de la vida, porque la aman, la necesitan y la quieren dar a los demás. No vive entre quienes son indiferentes a la vida y muerte del pueblo salvadoreño; éstos lo ignoran o lo alaban rutinariamente. Ni vive entre quienes están del lado de la muerte; éstos le siguen atacando. Vive en los pobres de este mundo que siguen esperando la buena noticia de su liberación y siguen prendidos de quien se la anunció con credibilidad. Monseñor Romero vive donde vivió: en los pobres de su pueblo.

¿Cómo vive hoy Monseñor Romero? Vive, como Jesús, resucitado. Esto quiere decir, que vive infundiendo su espíritu con el pueblo salvadoreño. Espíritu de verdad en primer lugar, pues Monseñor Romero sigue siendo luz para encontrar y proclamar la verdad del país, sin someterla a la mentira, la manipulación o la propaganda interesada. Por ello viven de su espíritu los que dicen la verdad sobre el país, proclaman su agonía y urgen a una rápida solución al conflicto basada en la justicia y la verdad. Viven de su espíritu los que siguen prestando voz al dolor de todo un pueblo, los que ponen en palabra la verdad más profunda, pero sometida, de los pobres, los que siguen siendo voz de los que no tienen voz aunque tienen la verdad.

Espíritu, también, de esperanza. Ser honrado con la verdad del país y mantener la esperanza parece tarea casi imposible. ¿Cómo detener la guerra, la destrucción, la represión, los secuestros, los desaparecidos, los asesinatos, las torturas? ¿Cómo conseguir la paz, cómo reconstruir un país que ha retrocedido veinte años en empobrecimiento, cómo regresar a sus hogares el millón de refugiados y desplazados; cómo llegar a ser un pueblo salvadoreño? Mantener esta esperanza parece tarea casi imposible y es cosa de espíritu y de mucho espíritu. Pero en El Salvador existe la terquedad de la esperanza, los pobres siguen esperando y laborando por su liberación. En ellos vive el espíritu de Monseñor Romero. Ellos han recogido y guardado sus palabras de esperanza: "Sobre estas ruinas brillará la gloria de! Señor". Y en medio de un pueblo pobre y empobrecido el espíritu de Monseñor Romero sigue produciendo vida.

Monseñor Romero vive como espíritu de libertad y creatividad. Como Jesús resucitado, no se ha convertido en ley, en letra muerta u ortodoxia paralizante. Vive en la creatividad de sus seguidores más que en las alabanzas rutinarias. Los que hoy buscan humanizar el conflicto y los que se desviven y se arriesgan por propiciar un verdadero diálogo nacional en favor de los pobres están produciendo creativamente su espíritu humanizador y dialogante. En las comunidades de los pobres, sobre todo, el espíritu de Monseñor Romero muestra su libertad y creatividad. Después de su martirio, muchos cristianos de esas comunidades se quedaron como los discípulos después de la ascensión mirando al cielo, esperando el milagro de la vuelta de Monseñor Romero. Ahora han aceptado que hay que seguir a Monseñor Romero sin su presencia, han superado el primer miedo y desconcierto; y las comunidades crecen, buscan y encuentran nuevos modos de evangelización, nuevas tareas y nuevos compromisos. El espíritu de Monseñor Romero se hace presente porque sigue animando a construir el reino de Dios en una nueva historia que necesita urgentemente de paz, de humanización y de justicia.

Hagamos, por último, la pregunta que creo yo es la más fundamental: ¿Por qué sigue vivo hoy Monseñor Romero? ¿Por qué se han cumplido aquellas palabras pronunciadas con tanta humildad: "si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño"?

La mejor explicación nos la ofrece de nuevo la resurrección de Jesús. Cuando Pedro presentó ante los gentiles a Jesús resucitado, resumió su vida terrestre con estas palabras: "Pasó haciendo el bien". Cuando hoy hablamos de la resurrección de Monseñor Romero tenemos que repetir las

CORTESIA DE

MALTIN



mismas palabras. Para el pueblo salvadoreño Monseñor Romero pasó habiendo el bien y no intentó ni hizo otra cosa que hacer el bien a su pueblo. En otras palabras, Monseñor Romero tuvo un gran amor, un inmenso amor por su pueblo y por ello sigue vivo en sus pobres.

Este gran amor no es algo que ocurre con frecuencia. No es infrecuente algún interés por los pobres, los amores a medias; tampoco es infrecuente un genuino amor acompañado también de intereses personales o partidistas, aun legítimos. Pero lo que no es frecuente es que alguien ame a su pueblo y sólo ame a su pueblo, olvidándose totalmente de sí mismo e incluso relativizando a la Iglesia institución que representaba, arriesgando su vida y las plataformas y estructuras de la Iglesia por amor a su pueblo. Eso es lo que experimentó el pueblo salvadoreño: un gran amor, alguien que en verdad los amó y dio todo por ellos.

En Monseñor Romero los salvadoreños vieron a alguien que escuchó el clamor de un pueblo oprimido e hizo todo lo que estuvo a su alcance para liberarlo, que pidió a gritos urgentes cambios estructurales, que animó a los pobres a su organización, que juzgó cualquier solución política sólo desde el criterio del bien de los pobres. Vieron a alguien que se encontró con un herido en el camino, todo un pueblo crucificado, y no dio un rodeo sino que hizo todo lo que pudo por vendar sus heridas, abriendo los primeros refugios, organizando la pastoral social y asistencial. Vieron a alguien que en presencia de la opresión real denunció a los opresores por sus nombres concretos y mencionó en concreto también los nombres de las víctimas devolviéndoles dignidad al menos en su muerte, que potenció el Socorro Jurídico del Arzobispado para denunciar las violaciones a los derechos humanos y defender a los pobres.

Pero su gran amor no sólo se mostró en la defensa de los pobres sino en la identificación con ellos hasta la cruz. Como Arzobispo dijo estas terribles y concuentes palabras: "Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres". Y para que no quedase duda de su solidaridad añadió: "Sería muy triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo". Y lo mismo dijo con gran serenidad de sí mismo cuando abundaban ya las amenazas contra su vida: "El pastor no quiere seguridad mientras no se la den a su rebaño".

Pero no sólo se identificó, sino que confió en su pueblo. Como arzobispo, antes de escribir documentos importantes, preguntó en serio a las comunidades qué pensaban ellos —ellos, los pobres, a los que nadie les pregunta su opinión— sobre las cosas fundamentales del país, de la Iglesia y de la fe. Como arzobispo les llegó a decir: "Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono de Dios, cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta". Como arzobispo aprendió también y se dejó evangelizar por los pobres.

Y no sólo confianza, sino gozo y orgullo de su pueblo. Cuántas veces recorrió, como Jesús, las aldeas y cantones para encontrarse con los pobres, con los pequeños, los niños y ancianos, para platicar con ellos, celebrar la eucaristía, sentir de cerca su calor humano y su cariño, compartir sus problemas y su humildad mesa. Ahí descansaba el corazón de Monseñor Romero. Como Jesús, sentía júbilo cuando los pequeños entendían el misterio del Reino de Dios. Con gran humildad y con gran gozo pudo decir: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor... Este servicio significa para mí un deber que me llena de profunda satisfacción".

Así fue el amor de Monseñor Romero a su pueblo.

Puso todo lo que tuvo al servicio de la liberación de los pobres, se identificó con ellos, se fió de ellos, gozó y sufrió con ellos y se enorgulleció de ellos. Por ese gran amor sigue presente entre ellos.

Pero por eso también, muchos pudieron ir a través de Monseñor Romero más allá de él. A través de su amor histórico presente el amor de Dios, a través de su persona hizo presente a Jesús; y por ello la fe de los pobres y de muchos otros ha crecido como árbol frondoso. Por eso también muchos han entendido y han dado pasos en el amor, en la comprensión y en la justicia, como la forma de ser cristiano o simplemente hombre en el mundo de hoy, han apoyado la causa de los pobres y han arriesgado sus haberes y sus vidas por esa causa, y en ellos han encontrado profundo sentido y gozo para sus vidas.

Esto es lo que quería decirles al afirmar que Monseñor Romero ha sido y sigue siendo buena noticia, evangelio de Dios para el mundo de hoy. Pero antes de volver al altar quisiera añadir otra palabra. Como todo evangelio, Monseñor Romero es también exigente y cuestionante. Tenemos que tomar postura ante él y a través de él ante el evangelio de Jesús. No basta con acoger y agradecer una buena noticia; hay que ponerla a producir, aunque cueste. Y hoy es necesario ponerla a producir porque la situación lo sigue exigiendo.

En El Salvador las cosas no han mejorado, sino que han empeorado después de su martirio. Cinco millones de seres humanos están sufriendo una cruel guerra civil, un millón de ellos están refugiados y desplazados, más de 60.000 hogares lloran a sus seres queridos, capturados, desaparecidos, torturados, secuestrados, asesinados o caídos en combate. La tragedia es inmensa y no se le ve fin. Y junto a El Salvador, tantos otros pueblos en que la vida de los hombres, la creación de los hijos de Dios, está amenazada y vitada.

Monseñor Romero lanzó en su día su conocido grito "cese la represión". Hoy probablemente diría, y con más fuerza: "En nombre de Dios y de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: cese la represión, cese la guerra, cesen los bombardeos, cese la destrucción, cese la intervención... Empecemos a construir y a vivir como hermanos".

Queridos hermanos, ésas son las exigencias que hoy nos hace Monseñor Romero, el evangelio de Jesús y el Dios de la vida. A los que estamos en El Salvador y en otros pueblos crucificados nos toca repetir sus palabras — y pedimos gracias para ello—: "No abandonaré a mi pueblo". A ustedes, a todas las iglesias y pueblos con grandes recursos les toca escuchar y poner a producir aquellas otras palabras suyas poco antes de morir cuando le preguntaron qué hacer por El Salvador: "Que no se olviden que somos hombres".

A quienes ignoran la tragedia de los pobres Monseñor Romero les sigue diciendo que no se olviden de los millones de hijos de Dios que siguen sufriendo en este mundo. A quienes se han solidarizado con ellos les anima a seguir adelante con la necesaria solidaridad y se la agradecemos de corazón. A todos, a ustedes y a nosotros, Monseñor Romero nos sigue ofreciendo una exigencia y una buena noticia.

Quiera Dios que todos nos convirtamos en buena noticia para los pobres de este mundo. Ellos nos la devolverán con creces. Quiera Dios que el espíritu de Monseñor Romero se apodere de nosotros en esta eucaristía, en nuestras vidas y en nuestra historia: que podamos partírnos como el pan en que se va a hacer presente Jesús y podamos repartirlo y compartirlo con todos haciendo presente el reino de Dios. Así seremos, junto con Monseñor Romero y tantos otros hombres y mujeres, fieles seguidores de Jesús y caminaremos como un único pueblo hacia el Padre de todos.

(2 de febrero de 1985)